

MARTÍN CERDA

PRECISIONES

ESCRITOS INÉDITOS

EDICIÓN, PRÓLOGO Y NOTAS DE
HUGO HERRERA PARDO,
GONZALO GERALDO PELÁEZ
y SERGIO PÉREZ OJEDA

Ediciones Universitarias de Valparaíso
Pontificia Universidad Católica de Valparaíso





COLECCIÓN DÁRSENA

Departamento de Literatura
Instituto de Literatura y Ciencias del Lenguaje
Pontificia Universidad Católica de Valparaíso
darsena@ucv.cl

© Teresa Cerda Armas, 2014
© Prólogo de Hugo Herrera Pardo, Gonzalo Geraldo Peláez
y Sergio Pérez Ojeda, 2014
Registro de Propiedad Intelectual N° 247.158
ISBN: 978-956-17-0617-0

Derechos Reservados
Tirada: 300 ejemplares

Ediciones Universitarias de Valparaíso
Pontificia Universidad Católica de Valparaíso
Calle 12 de Febrero 187, Valparaíso
E-mail: euvs@ucv.cl
www.euv.cl

En portada se ha reproducido
“The silence snow”, de Teresa Cerda

Corrección de Pruebas: Osvaldo Oliva P.

Impreso por Salesianos S.A.

HECHO EN CHILE

ÍNDICE

Agradecimientos	Pág. 7
Prólogo9
Notas a la edición	18

I. MITOLOGÍAS

Precisiones	25
Las grandes palabras	50
Dinámica del presente.	56
La fe en la razón	60
El escritor y su cuerpo	71

II. HISTORIA, FORMA Y ENSAYO

Plan de investigación	85
Conciencia de la literatura	89
Ese insensato juego de escribir.	100
El problema de la literatura en el ensayo francés desde Paul Valéry a R. Barthes (Jacques Rivière y la crisis del concepto de literatura)	108
El trabajo de escribir.	114
Introducción al ensayo	119

<i>IMÁGENES: INVENTARIO Y ÚLTIMO TEXTO DE CERDA (SEGUIDO DE SU TRANSCRIPCIÓN).</i>	145
--	-----

III. EL VIAJE Y EL OTRO

- Literatura/Etnología I	163
- Literatura/Etnología II	168
- Etnología/Hombre colonial I.	171
- Etnología/Hombre colonial II	174
- Roger Caillois: repertorio temático	178
- Segalen	187
- Viaje fantástico	192

IV. GLOSAS

- La historia.	197
- R. Barthes, la vanguardia y el pueblo	200
- Diccionarios.	203
- Historia vestimental	206
- Fuera/dentro de casa	211

SELECCIÓN DE FOTOGRAFÍAS	217
------------------------------------	-----

AGRADECIMIENTOS

A Angelina Silva, por conservar estos manuscritos por más de veinte años y, generosamente, confiarnoslos para su edición y publicación.

A Teresa Cerda-Armas, por permitirnos la publicación de estos textos y contribuir a la portada del libro con uno de sus cuadros.

A Mary Luz Estupiñán, Daniella Olguín y Odaimis Moraga por ayudarnos enormemente en la etapa de transcripción de los manuscritos. Y a Natalia Rivas por la exhaustiva revisión del borrador del libro.

A Ninoska Vera Duarte y Eugenia Dos Santos, por su colaboración en las traducciones del francés y el portugués, respectivamente.

PRÓLOGO

LA VIVENCIA DE LAS FORMAS EN
MARTÍN CERDA. PERIPECIA Y NAUFRAGIO

Yo creo que un libro debe ser realmente una herida, debe trastornar la vida del lector de un modo u otro. No me gustan los libros que se leen como quien lee el periódico, un libro debe conmoverlo todo, ponerlo todo en cuestión.

Conversaciones, Emil Cioran

La escritura heurística se reconoce, en consecuencia, por esa “conciencia de naufragio” que preside a cada una de sus búsquedas, exploraciones e interrogaciones.

La palabra quebrada, Martín Cerda

I

Al comienzo de un “Plan de investigación” preparado para ser presentado a la Beca Fundación Andes, durante el año 1990, Martín Cerda registra los que pueden comprenderse como los dos grandes movimientos proyectados para el tramo último de su carrera intelectual:

Desde la publicación de *La palabra quebrada. Ensayo sobre el ensayo* (1982), he venido esbozando una posible historia del ensayo hispanoamericano del siglo XX a partir de las infracciones o rupturas más significativas que introdujo cada ensayista en el pensamiento dominante de su tiempo. Este proyecto, sin embargo, supone la existencia de una historia de la forma ensayística que, entre otros asuntos, permita precisar en qué circunstancias se ha desarrollado

preferentemente esta forma y, a la vez, determinar cuáles han sido los factores que han decidido sus variaciones internas más importantes desde que Montaigne puso en circulación la noción de *essai* en las postrimerías del siglo XVI.

El proyecto de investigación que Cerda buscaba fuera financiado, y cuyo producto sería un libro, llevaba por título *Introducción al ensayo moderno. Diez modelos de pensamiento interrogativo*. Su objetivo, según expresa en el documento, consistía en pesquisar las circunstancias, variaciones y rupturas internas de la forma ensayística en un trazado rectilíneo que contemplaba la consideración de los que Cerda asumía como los diez pensadores esenciales en el desarrollo del género: Montaigne, Bacon, Diderot, Carlyle, Kierkegaard, Renan, Ortega, Lukács, Benjamin y Barthes. Junto a este proyecto y *La palabra quebrada*, otros tres libros completaban el primero de los movimientos intelectuales a los que el ensayista dedicó sus últimos años. Tres libros que, de acuerdo al “Inventario” que compuso tras el incendio que acabó con casi toda su biblioteca y materiales de trabajo el 11 de agosto de 1990 en Punta Arenas, estaban casi terminados e inclusive algunos de ellos con compromiso de publicación. Estos eran: *Montaigne y el Nuevo Mundo*, cuyo subtítulo postulaba *El impacto de América en la cultura europea del siglo XVI, El viaje Austral. Tres navegantes al Pacífico sur en el siglo XVIII*¹ y, por último, *Lecturas de Roland Barthes*, el cual pretendía reelaborar y agrupar las ideas desplegadas en más de treinta años de recepción dedicada a la obra del escritor francés². Al parecer Cerda consideraba que acabar estos cinco trabajos com-

¹ Algunos posibles esbozos que podrían dar una visión de este proyecto en particular pueden encontrarse en la tercera sección de este libro que hemos titulado “El viaje y el otro”.

² Es relevante comentar dentro de esta labor de recepción del pensamiento barthesiano que realiza tempranamente Martín Cerda que, a su regreso a Chile en 1957 tras algunos años de formación en Europa, principalmente en Francia, le presenta el manuscrito de su traducción de *El grado cero de la escritura* (1953) a un par de editoriales chilenas, las cuales rechazan su publicación. La primera edición de este libro en América Latina tendría que esperar una década aún, hasta 1967 bajo el alero de Editorial Jorge Álvarez y en

pletaría el primero de sus dos movimientos contemplados, cuyo objetivo consistía en el establecimiento de la sociología de la forma ensayística, con lo cual ya podría desplazarse hacia el segundo de los planteamientos: una historia del ensayo hispanoamericano durante el siglo XX. Su propia “suerte trágica”, expresión que el mismo Cerda le dedica en una nota al destino de Jean Prévost³, diría otra cosa.

Los textos reunidos en este volumen constituyen, en su gran mayoría, trabajos que lograron salvarse del incendio ocurrido en la Casa de Huéspedes de la Universidad de Magallanes, en donde Martín Cerda se encontraba ejerciendo una pasantía en labores de investigación y docencia. Fueron conservados por Angelina Silva, su última pareja, por más de veinte años y entregados generosamente a nosotros para su publicación. El incendio si bien coartó una parte enorme no sólo del trabajo que Cerda realizaba en ese entonces sino que además de su biblioteca, no obstaculiza del todo que la parte conservada desperdigue un conjunto de problemáticas que el presente volumen intenta poner en circulación. Problemáticas atinentes al pensamiento y a la vida del malogrado ensayista (por ejemplo, el texto que sirve de título al volumen presenta un aspecto biográfico extraño en su escritura), posibilitadoras de una discusión sobre la historia política nacional durante las últimas décadas, evaluadoras del rol del intelectual y los cambios en la esfera pública acontecidos en el país desde fines de la década de 1950 y entregan ellas también, condiciones para volver a examinar el recorrido sociohistórico del ensayo como forma, a partir de un pensador situado en una concentrada extraterritorialidad o marginalidad.

Y es que cabe señalar, con respecto a este último punto, que a esta estrategia prospectada por Cerda bajo un doble movimiento le subyace una

traducción de Nicolás Rosa.

³ “El sacrificio de Jean Prévost” en *Escombros. Apuntes sobre literatura y otros asuntos*. Edición y prólogo de Alfonso Calderón. Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales, 2008, p. 295.

relación de necesidad⁴. Cumplir con el segundo de los propósitos depende necesariamente de la realización exhaustiva de uno que le precede. Esta precedencia, por cierto, es etnocéntrica y se encuentra fundamentada por la experiencia colonialista europea efectuada desde finales del siglo XV y los supuestos ontológicos y epistemológicos derivados paulatina y sostenidamente a partir de ella, por medio de diversas corrientes de pensamiento y disciplinas (en este sentido, el papel de la comparatística, por ejemplo, será fundamental). En el plano del conocimiento, quizá la idea más relevante que basamenta la estrategia metodológica de cumplir con un trazado rectilíneo exhaustivo, luego proyectado sobre otra realidad, sea el surgimiento del sentido europeo de la historicidad durante el siglo XVIII. Al menos a este planteamiento matriz adhiere Cerda, a partir de la tesis desplegada por Roland Barthes en *El grado cero de la escritura*, compartida, expandida y en cierto sentido naturalizada⁵ por otros trabajos próximos en tiempo y espacio como *El diálogo inconcluso* de Maurice Blanchot y *Las palabras y las cosas* de Michel Foucault. Esta tesis empuja a comprender a la escritura —sobre todo literaria— como un metalenguaje inquisidor, cuya función sería advertir las tensiones entre creación y sociedad, operando como laboratorio de los cambios y crisis en las visiones de mundo, portadora, de este modo, tanto “del

⁴ En el plano latinoamericano, esta estrategia hace recordar por su similaridad a la que José Luis Romero realizó antes de dedicarse a la escritura de su magistral libro *Latinoamérica, las ciudades y las ideas*. En efecto, antes de enfocarse en el trabajo de este último, Romero realizó un recorrido histórico completo por la sociedad burguesa occidental, desde su emergencia con la crisis de la República romana, hasta su propia crisis tras la Primera Guerra Mundial pasando antes por la conformación, estabilización y desintegración del orden cristiano feudal, y el surgimiento y consolidación del mundo burgués.

⁵ Es una especie de *logafanía* asumir el quiebre del *ordo idearium* con respecto al *ordo rerum* a partir de la destrucción del código retórico clásico. Constituye un proceso más vasto de pérdida por parte de la palabra del sitio de privilegio heredado por tradiciones como la helena y la cristiana, y en cuyo avance también debe ser tomado en cuenta el desarrollo de los lenguajes matemáticos, sobre todo a partir del siglo XVII, e instancias culturales como el Barroco, por cierto.

sueño de la Historia” como de “la alienación de la Historia”⁶, según expresa el mismo Barthes en el libro antes citado. La emergencia de la historización es lo que permitiría este sitio de la escritura como la instancia cuestionadora por excelencia del código retórico clásico y es justamente desde aquí que extrae Cerda el fundamento de su opción metodológica para, en primer lugar, reconstruir la sociogénesis formal del ensayo europeo, lo que permitiría a continuación trasladar sus conclusiones y desviaciones al plano hispanoamericano. Así lo expresa en “Conciencia de la literatura”, texto sin fecha de composición, pero casi de seguro pensado como conferencia dictada en la UMAG durante el año de 1990:

Pienso que una sociología histórica de las escrituras, como la esbozada por Barthes en su primer libro, permitiría, o por lo menos, facilitaría reconocer las interacciones entre los códigos retóricos empleados por los escritores, las ideologías en pugna y los sujetos históricos en los distintos estadios de la sociedad moderna.

Interacciones entre códigos retóricos, ideologías y sujetos. Expresado de otra manera, lo que el autor de *Escritorio* pretendía advertir era que reconstruir la relación entre la forma ensayística, la historia y la sociedad concreta en la que se había desarrollado esta forma iba a permitir, a la vez, reconstruir la *institución imaginaria de la sociedad*, para decirlo en los términos de Cornelius Castoriadis. Es decir, la institución de la sociedad como un todo a partir de nada⁷, en donde “la palabra institución está empleada en su

⁶ Barthes, Roland. *El grado cero de la escritura seguido de Nuevos ensayos críticos* (2ª edición). Traducción de Nicolás Rosa. Buenos Aires: Siglo XXI, 2011, p. 64.

⁷ A este respecto resulta significativo que Michel de Montaigne, indiscutido iniciador del ensayo como forma, en su texto “Demócrito y Heráclito”, considerado una auténtica poética fundacional de la forma ya que es en donde, para muchos, Montaigne registra por vez primera la palabra *essai*, el pensador francés exprese: “Aprovecho cualquier argumento que me presenta la fortuna. Para mí son igualmente buenos. Y jamás me propongo tratarlos por entero. *Porque no veo el todo en nada*. Tampoco lo ven quienes prometen que nos lo harán ver”. Montaigne, Michel de. *Ensayos*. Edición y traducción de J. Bayod Brau.

sentido más amplio y radical pues significa normas, valores, lenguaje, herramientas, procedimientos y métodos de hacer frente a las cosas y de hacer cosas” y por cierto también “el individuo mismo tanto en general como en tipo y las formas particulares que le da la sociedad considerada”⁸. Pues Cerda concordaba con Georg Lukács en que lo que caracterizaba al ensayista, lo que en definitiva lo distinguía del novelista, del poeta u otro tipo de escritor, era la “vivencia de las formas”, era este su particular destino, ya que el objeto del ensayista es una materia ya dotada de forma, la cual él debe suspender, otorgarle un tratamiento desgarrado y discontinuo, para acabar situándola disidentemente al margen de lo sistemático y lo metódico. Inquisidor entonces de los núcleos legitimadores de cada sociedad instituida, sea este el Mito, la Tradición, la Religión o, en la modernidad la Razón y la Nación, el ensayista adquiere el compromiso de ser una conciencia entreverada, en pugna contra cualquier absolutización. La “moral de la forma”, como lo denomina Barthes, se constituye de esta manera, en el encadenamiento que une al ensayista con el dominio sociohistórico.

En otras palabras, la dimensión formal del ensayo constituye una especie de bitácora de las tensiones, límites y transformaciones de las formas o significaciones sociales imaginarias que organizan y jerarquizan las sociedades humanas. Este hecho incluso se trasunta en la escritura de Martín Cerda, especie de bitácora que, por medio de constantes citas, comentarios, notas y glosas, taquigrafía una parte realmente considerable de la literatura sobre el pensamiento en las sociedades tardo-burguesas.

II

Coincidencias y confluencias. Revivimos el momento en que decidimos edi-

Barcelona: Acantilado, 2007, p. 363. (La cursiva es nuestra).

⁸ Castoriadis, Cornelius. *Los dominios del hombre. Las encrucijadas del laberinto*. Traducción de Alberto L. Bixio. Barcelona: Gedisa, 2005, p. 67.

tar y publicar fragmentos de tan terrible “papelería dispersa”, como si la esencia de nuestro tiempo nos hablara de los efectos de nuestra catástrofe, simbolizada en las postrimerías del siglo XX por la quema de una biblioteca en el austro de Chile. Experiencia de lectores insomnes, de sobrevivientes afebrados que nos puso en tráfico con un último viaje, alumbrado por los yerros y las anticipaciones de la Historia, “quemando las naves” con aquello que justamente resta, con aquello que queda después de tan ígneo trabajo. De la aniquilación. ¿Qué queda, después? Quedan los “escombros”.

El carácter traumático de la estadía de Martín Cerda en Berlín (1951) y sus micrológicas lecturas de la obra de Ortega perfilan el carácter histórico-reflexivo de su ensayística. Para el escritor o intelectual, no hay momento de escritura ni utopía de ella sin las representaciones y preguntas de su tiempo, presente o actualidad. Ello es sustancial para un cierto pensamiento historicista de la obra de Cerda, quien no duda en convocar a las ruinas y las máscaras como figuras contingentes y críticas de lectura, apelando en todo momento a los mitos de nuestra Historia. En las notas de su cuaderno “Torre” color azul titulado *Precisiones* resume magistralmente sus “mitológicas” al comentar la historia retro-progresiva de sus publicaciones en el semanario *La Gaceta* (1957-1958), donde examina ideológica y sociológicamente la farsa política que acabó en tragedia nacional. Para Cerda, el mito de la institucionalidad democrática ya empezaba a verse sobrepasado durante el último año del gobierno de Carlos Ibáñez del Campo, porque las fuerzas sociales eran cada vez menos solidarias con ese modelo de racionalidad (“pequeño-burgués”). Y por ello, entiende la protesta y la cólera de la Unidad Popular, la violencia y la persecución de la dictadura militar en cuanto consumación de su grotesco espectáculo (la democracia “vigilada”).

La vigencia, la actualidad de sus lecturas en el contexto del mundo planetario en que estamos embalados nos lleva a descubrir cuán presente es la obra de Cerda, por la pertinencia de sus reflexiones en torno a la pérdida de las ilusiones históricas de cada generación o época (los proyectos sociales e ideológicos de transformación, específicamente), traduciendo su gesto, su

praxis en “disidencia”. Su obsesión por *ir* puntualizando la estructura de la vida histórica nacional (los deseos, las ideas y fantasías, los usos y hechos) determinaron su actitud política, la del anarca o emboscado que abandona los escamoteos de la realidad y arriesga su vida a valores éticos que están siempre a punto de transformarse en un moralismo cada vez más abstracto e irreal (lo que su maestro Roland Barthes define como *inactualidad*). Por ello, en su poética del ensayo, *La palabra quebrada* (1982), remite a la teoría baconiana de los *ídola* para franquear los límites de un convulso y bochornoso presente; la de una masa informe de supersticiones, prejuicios, *doxas* que nos impiden observar, comprender y explicar el mundo en que vivimos.

*Nuestro secreto Führer*⁹ prosigue buscando, a su modo, a los “semejantes”, lectores y viajeros malheridos que no atesoran ni lloran sus viejos papeles en archivos y bibliotecas; sino que piensan e imaginan sus mudanzas vitales y existenciales como una verdadera ciencia del presente. De ahí que su turbada familia espiritual, la de escritores e intelectuales nacidos entre 1878 y 1892 (Ortega, d’Ors, Musil, Lúkacs, Reyes, Henríquez Ureña, Edwards Bello, entre otros), polemizara con las ideas, las formas y los usos dominantes de su época; telón de fondo del coro de su generación que reúne a nombres como Juan García Ponce y Octavio Paz, Héctor Murena y Oscar Masotta, Enrique Lihn y Claudio Giaconi. El pasado no está, después de todo, momificado, puesto que, sus huellas o rastros de escritura, recuerdos y lecturas, citas y figuras a la orden del día componen una contradictoria oportunidad para salvar o más bien naufragar en el impasse de nuestro presente histórico, donde las notas o propuestas hacia una literatura lúcida cobran su más noble y actual sentido.

El fondo sociológico y fenomenológico de su escritura fragmentaria, de las notas y reseñas de la revista PEC (1965-1970) al ensayo programático

⁹ “Adiós a quien fuera nuestro secreto Führer /y nos recomendaba abstinencia botella de whisky en mano, / y con desprecio abandonó su Bunker frente al cerro / para conquistar Venezuela como sus antepasados.” (Teillier, Jorge. “Adiós al Führer”. *Cartas para reinas de otras primaveras*. Santiago: Ediciones Manieristas, 1985).

“Respuesta global a un cuestionario” (Revista *Taller de Letras* nº 1, 1971) y del trabajo en Caracas de editor (Monte Ávila) a las investigaciones realizadas en Punta Arenas (*Montaigne y el Nuevo Mundo, El viaje austral y Lecturas de Roland Barthes*), configura el ritmo de un pensamiento en la que la experiencia cotidiana se transforma en reflexión, y la reflexión en pasiones y desventuras de un lector seducido por la libertad imaginativa y el rigor conceptual. En el caso de Martín Cerda, una hondura que no desea renunciar a una promesa o ilusión de destino que significa emancipación y, por tanto, utopía. “Depósito de fe” que conserva, profundiza, anuncia y expone no sin atroz desencanto las antinomias de la existencia actual. En una entrevista concedida a *El Mercurio* el 13 de febrero de 1972, señala a propósito de un agrio examen del proyecto socialista: “La última utopía que puede perder el hombre es, a fin de cuentas, la utopía de estar en sí mismo. Cada vez que ello ocurra—decía Ortega— el espacio se puebla de crímenes”.

Sin embargo, este compromiso no es un mero ensimismamiento, sino un poner a salvo los trazos de un pensamiento sobre la literatura, la idea y los principios que forman parte de una literatura sobre el pensamiento. Volvemos a las coincidencias y convergencias en medio del albor de estas apostillas, los efectos de una quema total, de un trabajo que justamente nos resta, lo que con exactitud llamó Kostas Axelos la “rareza” del pensar, la de aquellas ideas que trabajan siempre con el futuro. Ideas de un inconfesable naufrago, que apaleado por la soledad y la incompreensión, anuncia a otros viajeros que todavía es posible otra vida.

Los editores